

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUCIGALPA: 15 DE OCTUBRE DE 1901

NUM. 6

Fantasías del Crepúsculo

I

LA OBSESIÓN DE LOS MÁRMOLES

EN esa hora fecunda para las almas intensas—se pobló mi fantasía de luces y de símbolos....—Un huracán de formidables anhelos pasó por mi espíritu.—Y sus ráfagas incendiadas segaron mi jardín de rosas ilusorias.

Moría la tarde en una gloria de grandeza estupenda.—La enorme bóveda de zafiro—resplandecía prodigiosamente;—y las lontananzas empezaban á cubrirse de tenues brumas argentadas.

El sol se hundió de improviso—en la línea del horizonte—y un fulgor sangriento tiñó las nubes del ocaso.—Quedó por un momento la llama escarlata—como la hoguera de un cráter lejano.—Luego fué atenuándose—hasta convertirse en una mancha lívida.

Entonces se realizó—sobre los frágiles algodones errantes—la apoteosis magnífica de los colores.—Nubes rosadas, nubes violetas, nubes amarillas—flotaron en un fondo de un azul profundo—que se extinguió en un verde pálido—después en un gris de pizarra.....

Y las nubes fúlgidas y tornasoles—ofrecieron á mis ojos un espectáculo fantástico.—En el centro ví alargarse una de ellas, grácil, esbelta—como una espiral de humo blanquísimo—que fué tomando formas humanas.

Y una visión de suprema armonía—surgió ante mí—en el ámbito luminoso:—la figura de una mujer marmórea—en-

vuelta en una túnica de nieve—con los brazos levantados y la cabeza graciosamente erguida—como si volase rodeada de arboles de fuego.

Luego ví un palacio portentoso—de gigantescas columnas de mármol blanco—con una cúpula de mármol rosado—exornada con sutiles arabescos de mármol verde.—Era un palacio imponderable—de una arquitectura quimérica—cuyo pórtico grandioso—se abría en un vasto cuadro de piedras llameantes.

Y la mujer hiperbórea, lentamente avanzaba—penetrando en el pórtico fulgurante—como una emperatriz fabulosa—envuelta en su largo manto de armiño.

Después todo palideció—todo fué formando una niebla diáfana, un encaje de oro blondo, un velo diamantino.—Cayó la sombra sobre el último fulgor de agonía—como un pensamiento de luto—en una hora de divina ilusión.

Permanecí silencioso—ofuscado por el resplandor de la luz postrimera.—Permanecí inmóvil y grave—sintiendo aún sobre mis pupilas las lumbres extraordinarias,—y vivas y humanas las líneas armoniosas de la blanca mujer espectral.

Surgió del horizonte—melancólica y solemne—la luna argentina. Mi alma triste—en el silencio visionario de la noche—se llenó de nostalgias y de sombras...—Soñó con las rosas de sangre del crepúsculo...—Soñó con la mujer de mármol...—Y no tuvo una mirada para la maravillosa pedrería de los cielos.

FROILAN TURCIOS

El sueño del cóndor

(VERSIÓN DE LEOPOLDO DÍAZ)

Más allá de las rígidas pendientes,
Más allá de las rudas cordilleras,
Más allá de las brumas conocidas
Por las águilas negras.
Más alto que las cumbres horadadas
En espirales tétricas
Do el flujo hierve de las ígneas lavas,
Con la flotante plumazón revuelta
El gran pájaro lleno de sombra
Taciturna indolencia,
El espacio infinito, el sol que muere,
Con sus ojos impávidos contempla.
Sobre salvajes pampas que se extienden
De los montes al pie, la noche rueda:
Adormece de Chile las ciudades.
Y el Pacífico mar y las riberas
Y el divino horizonte y el callado
Continente, y por todo se pasea:
Del llano á la colina y desde el valle
A la garganta oculta en la ladera
Crece, de cima en cima, el torbellino
Con sorda agitación de alta marea;
Como un espectro, en el peñón erguido.
Entre vagos fulgores, él espera
Sobre la nieve que sangrar parece.
Al mar siniestro que tenaz le acecha
Y el mar sube por fin y le circunda,
La Cruz Austral, en tanto, centellea,
Del cielo en los abismos constelados.
De dicha él granara: su plumaje tiembla,
Yerque el cuello pelado y musculoso.
Atrás la nieve de los Andes queda,
Con ronco grito sube,
Sube tan alto, que ni el viento encuentra.
Y, distante del mundo y de la vida,
Distante de la tierra,
Duérmese el cóndor, en el aire helado,
Con sus alas inmóviles abiertas.

LEONTE DE LISLE

La hoja de oro

En el verde laurel que decora la frente
Que besaron los sueños y pulieron las horas,
Una hoja suscita como la luz naciente
En que entreabren sus ojos de fuego las auroras;

O las solares pompas, ó los fastos de oriente,
Presas bizantinas, diademas de Theodoras,
O la lejana Cólquida que el soñador presente
Y á donde los jasones dirigen las proras.

Hoja de oro rojo, mayor en tu valía,
Pues para tus colores imperiales evocas
Con el triunfo de otoño y la sangre del día,

El marfil de las frentes, la brasa de las bocas,
Y la autumnal tristeza de las vírgenes locas
Por la Lujuria, madre de la Melancolía.

RUBEN DARIO

El Himno de las Torres

I

CANTO: las altas torres, gloria del siglo
y decoro del suelo. Las torres que ven
las distancias, las torres que cantan la
gloria de las buenas artes del hierro y la
piedra. Las torres gigantes que tienen
cien lenguas intactas: cien lenguas, que
son las campanas, sabientes de un mági-
co idioma que dice á los astros las preces
del culto extinguido, con frases de bronce
y de fe.

II

Las piedras están empapadas de música
sacra; las piedras cuya alma es unísona,
cuya alma es un eco. Las piedras cuya
alma despiertan los órganos con su fluido
lenguaje de flautas, cuando su noble me-
cánica inventa los salmos, que bajo los de-
dos, eruditos dedos de un pálido músico,
parecen una galería de arcos iris, ante
cuyo triunfo, en colores de fama, pasan
reyes de reales melenas y obispos de tia-
ras suntuarias, en caballos blancos, cu-
yas herraduras tienen un armonioso com-
pás. Bajo los dedos de un pálido músico:
bien Pedro Luis de Preneste, dicho el
Palestrinus grande es su *Misa del Papa
Marcelo*, bien Sebastián Bach.

III

Las torres emergen con sus cuádruples
ojos que tienen un iris de sombra, detrás
de los vidrios quemados de matices ricos,
que el fuego en los hornos fijó. Y junto
al versículo gótico de la gran campana,
un versículo gótico donde está fijada, por
los siglos de los siglos, la gloria de un
artesano fundidor de Nola, á cuyos mol-
des de tierra echaron las condesas sus
sortijas de oro, en hervor de cobre,—jun-
to al versículo gótico, digo, mirando por
el cuádruple ojo de las torres, mi alma
recibe del sol un adiós más largo que to-
das, sobre una ciudad vieja: Nuremberg,
Harlem, Reikjawiik, Belgrado, Armagh,
Thorn, Oxford, Toledo, Coimbra, Nicea,
Bizancio, Sanirna, Alejandría, ¡París!
con las frondosas testas de sus Clodoveos
eternizadas en medallas. Roma, la ca-
pital de las torres!

IV

Y mi alma [golondrina ideal] desde su torre sigue mirando: y mira á San Benetoz haciendo cantar la trulla en los altos andamios, sobre los granitos bordados de gárgolas; y á San Juniperto pensando un mosaico bajo los claustros bizantinos; y á Santa Hildegarda diciendo floridas secuencias para agradar á Dios; y á San Juan de Segovia labrando el oro de las basílicas, para componer, como una oración de pedrerías, una custodia; y á Jehan Fouquet iluminando de oro una miniatura angélica; y á los errantes clérigos goliardos cantando en las ferias y bajo los portales de la abadía, sus estríbillos en latín ingenuo:

*(Nudam fovel Floram lectus
Caro candet tenera,
Virginale lucet pectus
Parum surgunt ubera);*

y á los diez y ocho Concilios Euménicos, y que el primero es una aurora, mientras que el último es, apenas, una noche estrellada. Y que en el primero el que rige es un monje con los ojos quemados y las manos cortadas; y el que rige el último es un Papa que ha huido una vez, y que tiene las manos aristocráticas.

V

Y mi alma [golondrina ideal] desde su torre sigue mirando: y mira en un antiguo mapamundi las aguas y las tierras; y en las brumas australes la ignorada Antichthonia; y la cinta de fuego del Ecuador, apretando el ombligo de la tierra; y el mar, más extraño que una selva virgen; y Jerusalem en el centro del mundo; y al norte las tierras de Gog y de Magog; y el Paraíso de donde manan cuatro ríos, arrojando palos olorosos de canela, de ruibarbo, de áloe y de jengibre; y las murallas de jaspe que encierran el jardín; y la espada, que parece una llama en el aire, porque no se ve al ángel que la tiene; y alrededor del mundo los doce vientos: Eurus, Scolasus, Nochus, Anster, Africus, Euroanster, Zephirus, Stannus, Ireius, Bóreas, Aquilo y Vulturinus.

VI

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira cómo viene la noche y la media luna semejante á la herradura de plata de un Pegaso en los territorios negros, ó bien como una artística peineta de plata sobre una inmensa cabellera esparcida. Y á la luz de la media luna desarróllanse los Imperios: Francia, Asiria, Persia, Egipto, Judea, Macedonia, Roma, Méjico, Perú, Rusia, Arabia—otra vez Francia. Grandes tropeles de horda; banderas en el horizonte; lanzas agujereando la noche; clamores retumbando en el espíritu del viento; pájaros de presa entre desgarramientos de nubes; cadáveres bajo los árboles; osamentas sobre las piedras; un sueño, y águilas, águilas, águilas, y banderas, y lanzas, y bosque, y noche, y montes, y un largo galope enmelenado de antorchas llevándose todo eso: el gran poema del hierro y del caballo, y las hostiles barbaries marchando bajo el huracán de Dios, bajo los truenos de Dios, bajo el talón que ha hollado hundimientos de mundos—el talón de Dios—bajo la derecha de Dios, abierta como una palma de resplandores.

VII

Y mi alma [golondrina ideal] desde su torre sigue mirando: y mira las torres más viejas levantarse entre poblaciones de esfinges, de pterodáctilos, de tortugas, de leones: sueños del hombre cuaternario, sueños bajo las palmeras, tan grandes, que cada una parece una noche; sueños de gigantes llenos de vello; de gigantes cuyos dientes han quebrado las costillas sangrientas del buey salvaje; de gigantes cavadores de montañas; de gigantes que poseen el dogo y el pavo real; de gigantes que cuando están ciegos de vejez, van á oír rugir el mar, para aprender sonidos y hacer idiomas. Y las torres son sobre cadáveres de ciudades: Makhimos, Damasco, Fusesbes, Palenke, Tebas, Ellora, Tiahuanaco, Tombuctú, Kamakura—Babel con su torre de blasfemia en el pavor de las estrellas; cadáveres que hablan con alfabetos jeroglíficos, para contar de los viejos sacerdotes la historia, y las tablas de una celeste aritmética, y los dogmas teologales, y

las virtudes de las hierbas, y las peregrinaciones de los hombres cuyos ojos vieron nacer el oro en las redomas filosóficas. y subir las almas por la escala de las encarnaciones, de astro en astro: Jacob, Hermes, Orfeo, Nuña, Manco Capac, Crislina, Rama, Moisés, Zoroastro.

VIII

Y un alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira que ya viene el alba, y que una muchacha fresca ríe. y que en su risa se desparrama un puñado de sortijas de plata. Y mira despedirse las naves que van para los Continentes, para las tierras rojas, para las tierras negras donde el Sol se acuesta entre palmeras; donde hay serpientes que parecen joyas venenosas y flores más bien pintadas que los tigres; y bisontes, y elefantes, y jirafas, y pájaros del Paraíso, y luciérnagas, y resinas, y esencias, y bálsamos, y corales, y perlas (éstas en conchas de balvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan), y dulces nueces, y polvo de oro; y tambores, y calabazas, y tinajas, que hacen la música de los dioses; y princesas desnudas que aman los besos de los amantes blancos. Y va Cristóbal Colón, con una cruz y una espada bien leal; y Marco Polo, con un tratado cosmográfico de Cosmas en la mano; y Vasco de Gama, con un astrolabio en el mástil; y Hernando de Magallanes, con una hacha al cinto; y la *May Flower*, con la carta del rey Juan; y Dumont d'Urville, con un planisferio y una áncora; y Tasman, con una brújula; y Stanley, con el lápiz del *New-York-Herald* y su casco de corcho; y Livingstone, con su biblia y su esposa—David Livingstone, el padre del Nilo.

IX

Y mi alma [golondrina ideal] desde su torre sigue mirando; y mira cómo la tierra enseña hostilmente su doble tocado de nieves y el obscuro Polo, más hermético que el Paraíso, con sus *ice-bergs*, y sus *packs*, y el *blink*, deslumbrante como un nimbo de altos reinos; y el tabernáculo donde está la Aurora boreal en el secreto de sus mudos deslumbramientos; y la caverna donde la Piedra-Imán pierde el

alma; y el palacio lívido de la Fata Morgana, soñadora en las nubes; y el mar obscuro que mece los sueños de la morsa negra; y la siniestra Orca que oye á los marineros y roe las piedras con sus cuarenta y ocho dientes; y el Kraken que tiene tres corazones y abraza las naves con sus brazos palpadores del abismo; y la ballena que llora al parir, como las mujeres; y el oso blanco que duerme seis meses sin respirar y que tiene la vergüenza en su lengua negra. Y hacia allá van los hombres de la zona rubia: Franklin Cook, Markham, Eliseo Kent Kane, Fridtjof Nansen, y una mujer. ¡ad v Franklin, que busca por el Horror unos huesos amados, y vuelve con el alma encanecida de tantas nevadas como han caído sobre sus tristezas. ¡Grandes infortunios, noches gigantescas y soles más débiles que la vida de una violeta!

X

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando; y mira que nace otro día, todo en sangre; otro día, y que los hombres niegan á Dios y se hacen pequeños y malos. Y hay no obstante otros hombres, sabios, que hacen libros como guten siembra una selva, para tener maderos con que arbolan naves futuras: Darwin y Claudio Bernard, Crookes y el profesor Roentgen, Pasteur, Edison, Ernesto Hello y Nietzsche, Karl Marx y Fabre d'Olivet, Eliphas Lévi, Champollion, Augusto Comte, Maury, Vogt y Ralph Waldo Emerson. Y mira mi alma cómo la vieja ciencia de las Pirámides resucita; y el sueño parlante que ve á la distancia con obscura mirada; y los tres elementos que son las tres llaves de la ciencia de las Generaciones. Y mira cómo se llena de amor el metal, tocándole el alma por medio del rayo; y cómo se ordena la armonía de los átomos; y cómo en la carne de los seres se modela la futura estatua que ha de ser el coronamiento de los Reinos: la triple estatua de talones de piedra, cintura de árbol y cabeza elocuente; y cómo en el sereno mar de sangre de las matrices está de la maternidad la flor callada, en el sueño de su corola de nueve pétalos; y cómo los carros sonantes corren por la paralela de hierro, en pos del corcel de

hierro, cuya alma es un trueno de hierro, y cuyos bronquios de hierro tosen el huracán, y cuyo corazón de hierro va tempestado de brasas: ¡gran caballo negro, negro, negro; gran caballo comedor de fuego, gran caballo en temblor de enormes músculos lanzado, con una nube en las narices, á los jadeantes trotes del millar de leguas; gran caballo negro, gran caballo, gran caballo negro, al cual no se ve sudar!

XI

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira que la tarde viene con un paso ligero, armoniosamente, á caer en la mar, como una poetisa ciega que sobrelleva su palidez tocando el arpa. Y sobre una torre de oro aparecen, con los cabellos coronados de laureles y espinas, algunos hombres: Hugo, Verlaine, Laplace, Herschel, Wronski, Wagner, Goethe, Klopstock, Poe, Whitman y Adam Mickiewisch. Y la torre tiene nueve pisos; y en el segundo están los que son coronados de diamante, y en el tercero los que son coronados de plata, y en el cuarto los que son coronados de hierro, y en el quinto los que son coronados de rojo cobre, y en el sexto los que son coronados de estaño, y en el séptimo los que son coronados de ébano, y en el octavo los que son coronados de marfil, y en el noveno los que son coronados de verbena. Y los nueve pisos de la torre son los lechos de nueve estrellas [nueve doncellas de plata], y desde la cima de la torre se escucha ya el himno de los serafines, y es como si en dos se abriera el Sol.

XII

Y mi alma [golondrina ideal] desde su torre sigue mirando: y mira cómo viene la noche de cien años—y que ya ha llegado—y cómo desde su fondo, en que las estrellas brillan solas, como el triple millar de lanzas de un campamento abandonado, levántanse las sombras heroicas. Grandes estaturas, grandes espadas, grandes cuerpos con almas como espadas dentro—y coronas: Kosciusko, Dantón, Louverture, Bolívar, Martí, Garibaldi, Kamaris, Riego, San Martín, Lincoln, Nana-Sahib, Juárez y los Quince mil

Rojos de París. Y mira mi alma cómo empieza á podrirse el mundo, á la manera de una manzana que germina; y cómo en los antros se mueve un enorme despertar de leones; y cómo los clamores han sonado tan fuerte, que Dios se ha inclinado á escucharlos desde lo Inefable, con una lágrima oceánica en su párpado, donde duerme la lumbré de cien astros; y cómo la noche semeja una pira de grandes leños, pronta á empenacharse de llamas, por la obra de unas fuertes manos que salen del abismo, aptas para desanudar toda brida; y cómo en cada llaga parece que está encendida una antorcha, y cómo la Venganza, con su cabeza de niño cada-vérico, baja á largos pasos la Montaña de Sombra, conduciendo una trahilla de perros negros, de perros verdugos, cuya sarna se pegará á todo lirio.

XIII

Y mi alma [golondrina ideal] desde su torre sigue mirando: y mira la Aurora venir en paz, y sobre la Aurora levantarse la Torre de Oro. Y que la tierra está pacífica como una viña sobre los últimos días de un abuelo viejo; y que cada madre es como un jardín de almendros; y que el Sol viene, ardiente y bello, como un héroe joven que estrena sus armas; y que las piedras y los árboles, y las bestias del mundo, levantan al cielo sus almas confusas, en el himno de todas las lenguas, de todos los números; en el himno que surge de la Torre de Oro, coronada Lira, Arbol musical, Cráter de armonías; Casa de las doradas virtudes—Torre de Gloria!

XIV

Y he aquí que todas las torres han caído, y que mi alma, suspensa en los aires, como una lámpara apagada, mira descender á Dios sobre la Torre de Oro, única, y sobre los hombres, y que los hombres miran á Dios de frente. Entonces ¡oh armonía de los santos cielos! parece como si sobre una herida vieja se derramara un unguento de perlas finas; como si cada pecho estuviera lleno de música; como si cada pie calzara el terciopelo más rico; como si cada mano estuviera puesta sobre la cabeza de la Amada; como si cada lengua fuera un cantero de violetas.

XV

Y una voz se levanta diciendo: he aquí la Virgen que ha roto su prisión de seis mil años, para ofrendar á la vida el jardín codiciado de su seno; he aquí sus cabellos, he aquí su carne, que el horror de la esterilidad marchita, y que en la gloria de la germinación florecen, como divinos adornos del trance luminoso. Y tú, hostia de mi comunión inacabada, viña de mi sed perpetua, mártir de mis desdichas extraordinarias—Astra—tú eres la Virgen que llega, con las puntas de tus senos doradas por el oro ímbrue de mis sepulcrales recuerdos; con la mirada de tus negros ojos, como una caricia prolongada en dos noches consecutivas; con la gracia turbadora de tus líneas bajo el sudario; con tus manos sabias en la cosecha de los frutos nocturnos; con el tesoro de tus besos, tesaurizado en las angustiosas esperas—á gozar plenamente la hiperdulia de mi corazón desconocido. Porque ya es la Pascua sobre tu noche de seis mil años.

XVI

Y sobre la Torre de Oro aparecen las virtudes seráficas: el *Amor*, vestido con todas las piedras preciosas del mundo. *La Esperanza*, cubierta con todas las flores de los climas. Y más alta, más alta, sobre todas las oraciones, sobre todas las liras, vestida con el fulgor de todos los soles, saludada por el fervor de todas las alabanzas, como un corazón de oro fundiéndose en llamas; más alta, más alta, lá *Rosa* resplandeciente: la *Fe*,—en un formidable despedazamiento de estros!

LROPOLDO LUGONES

Reefamo

... Ceñido de fulgores, el día ha despertado;
Su gran hostia de fuego alza en los cielos Dios,
Y entré las verdes frondas del bosque perfumado,
Como nébina de oro flota la luz del Sol.

Aquí quiero que vengas, tu sitio está á mi lado;
Entre lirios y rosas vaguemos los dos;
El bosque es como un templo misterioso y sa-
(grado,
Donde se cantan sólo los himnos del amor!

Te contaré secretos que el corazón no entiende;
Cómo el amor consume. cómo el amor se enciende
Dando forma en el alma á un anhelado ideal.

Y al calor de tus labios, por los mios oprimos,
Húmedos y encendidos florecerán los besos,
Como las amapolas bajo el sol tropical!

JERÓNIMO J. REINA

Celos

Tengo celos del ave que le canta,
Del ambiente que riza su cabello,
Del aura embalsamada que la besa
Y de la luz del cielo.

Me encelo al ver que le hablan otros hombres.
De la flor que la adulta tengo celos,
De la almohada do inclina la cabeza
Y de su blanco lecho.

De las estrellas del azul espacio.
De sus divinos, candorosos sueños.
Del libro que la gusta, de los cuadros
Que busca con anhelo.

Si le hablan sus amigos, sus hermanos,
Palpita el corazón, y dudo y tiemblo:
A tanto grado mi egoísmo llega,
Que hasta de Dios la celo.

JUAN MARIA CUELLAR

La Novela-Poema

EL alma humana es como la mar, no deja el lugar á las arenas, sino para volver más profunda y más agitada hacia otras riberas que invade y que fecunda.

En el siglo XIX, ella se refugió al principio en la música. Beethoven, Weber, Mendelssohn, Shumann, Berlioz, Chopin, y después, y por sobre todos, Ricardo Wagner, fueron los intérpretes de esta vida interior que la *Filosofía* y la *Literatura* desconocían cada vez más. Blyreuth fué, ante todo, el teatro del alma, del alma sufriente, militante y triunfal, fuera y por encima de todas las convenciones y todas las contingencias.

Hacia el mismo tiempo, dos grandes escritores septentrionales, Enrique Ibsen y León Tolstoi, genios severos é inquietos, renovaban el espíritu del drama y la novela, haciendo penetrar en ellos el cuida

do de la vida interior. Ese mismo cuidado, mirando poco á poco los viejos dogmas y los viejos prejuicios, llevaba un gran número de espíritus jóvenes á la concepción religiosa de la existencia bautizada con el nombre de neo-cristianismo, y penetrando en la democracia, le asignaba, de más en más, como ideal, la creación de los héroes y la formación de una *élite* espiritual, profetizada por Carlyle, Emerson y Schuré.

Y es esa literatura del alma la que bajo los diversos nombres de Simbolismo, Misticismo, Idealismo, han ilustrado con sus nombres Maurice Maeterlinck, Henry de Regnier, Gabriel Sarrazin, Gabriel Trarieux, Louis de Cardonell, Eugene Hollande, Fernand Gregh.....

En el arte, como en la naturaleza, las formas no son sino figuraciones de la vida. Para que la forma se renueve basta que la vida sea renovada.

A medida que la atmósfera idealista modificaba para la Europa las condiciones de su vida interior, la forma de los géneros evolucionaba también.

En 1894 Gabriel Sarrazin publicaba las *Memorias de un Centauro*; en 1895, Gabriel d' Annunzio escribió las *Virgenes de las Rocas*; Edouard Schuré, *el Angel y la Esfinge*; y en 1896, G. Sarrazin escribió *el Rey del Mar*.

Esas cuatro novelas, bastante desdeñosamente acogidas, salvo una, por la gran crítica y el gran público, pero festejadas por una *élite*, constituyen las primeras manifestaciones, osémoslo decir, los primeros modelos, de lo que se puede llamar la novela del alma, ó mejor, lo que debería llamarse la Novela-Poema.

J. M. VARGAS VILA

Álbumes

I

A ADELA

De este álbum entre las flores
Yo colocaré la mía
Porque tenga la alegría
De recibir los fulgores
De tus ojos seductores.

Que pueda agradar no aguardo,
Pues no es lis, rosa ni nardo,
Ni violeta ni jazmín;
Es la flor que mi jardín
Produce tan sólo: un cardo!

II

A JULIA

Sea nuestra amistad como el frondoso
Y robusto árbol que los vientos baten
Sin derribarlo nunca, y cuyas ramas
Templan del sol las vivas claridades,
Cantan en sus murmullos armoniosos,
Abrijo dan á las canoras aves,
Y le brindan un cielo de esmeralda
Al fatigado y triste caminante!

RÓMULO E. DURÓN:

Retrato de Baudelaire

UN retrato pintado por Emilio De-roy—que es una de las raras obras maestras de la pintura moderna—nos presenta á Carlos Baudelaire á los veinte años, en el momento en que, rico, dichoso, amado y ya célebre, escribía sus primeros versos, aclamados por el París que se impone á todo el resto del mundo. ¡Raro ejemplar de un semblante verdaderamente divino, que reúne todos los dones, todas las fuerzas y las seducciones más irresistibles! Cejas puras, largas y suavemente arqueadas cubren un párpado oriental, cálido, vivamente coloreado; los ojos rasgados, negros, profundos, de una llama sin igual, acariciadora é imperiosa, abrasan, interrogan y reflejan cuanto les rodea; la nariz es graciosa, irónica, de planos bien acusados, y su punta, un poco redondeada y saliente, hace pensar en seguida en la célebre frase del poeta: *¡Mi alma revolotea en torno de los perfumes, como el alma de los demás hombres en torno de la música!* Tiene la boca arqueada y afinada ya por el espíritu, pero purpurina aún á la sazón, y de una carne hermosa que recuerda la espléndida lozanía de los frutos. La barba es redonda, pero de un relieve altanero, potente, como el de Balzac. Todo aquel rostro está teñido de una palidez de tonos calientes, bajo la cual se transparentan las tintas sonrosadas de una sangre sana y rica; decóralo una barba infantil, ideal, de dios mancebo; la frente alta, despejada, magníficamente

dibujada, tiene por adorno una cabellera negra, espesa, naturalmente ondulada y rizosa, como la de Paganini, que cae sobre un cuello de Aquiles ó de Antinoo!

TEODORO DE BANVILLE

Paisaje

FIGURAS un paisaje extranatural, ó más bien, una perspectiva de metal, de mármol y de agua, de donde los vegetales están proscritos como cosas irregulares. Todo aparece rígido, pulimentado y refulgente bajo un cielo sin sol, sin luna y sin estrellas. En medio de un silencio de eternidad, suben iluminados de un fuego peculiarísimo, palacios, columnatas, torres, escaleras y arcas de agua, de donde caen como cortinas cristalinas pesadas cascadas. Dentro de un marco de muelles y de cuencas de mullido oro, yacen aguas azules, al modo del acero de los espejos antiguos, ó corren silenciosamente bajo puentes de piedras preciosas. Canal cristalizado aprisiona el líquido, y las losas de pórfido de las terrazas reflejan los objetos como lunas. Si por allí anduviera la reina de Saba, se levantaría la ropa por temor de mojarse los pies: tan relucientes son las superficies.

CARLOS BAUDELAIRE

Prefudio

Dejaron los crepúsculos de la Melancolía en los hondos estanques dorados arabescos; aun cuelgan temblando los faroles chinoscos y perdura el perfume de la lejana orgía.....

Epigane y faunos sus visajes grotescos crisan en la penumbra burlando tu porfía; los fastos han pasado, y en la copa v imposibles delirios buscann tus labios frescos!

Amada: ese Pasado fulgurante no llores! Surgirá en mi poema de armonías inciertas y vagas como el alma de las difuntas flores.

En mi canto de brumas y de ráfagas verías; de silencio y de sombra; de lejanos amores; de besos extinguidos y serenatas muertas.

JOSE JUAN TABLADA

Flores nocturnas

LA Reina de los abismos negros ¡oh Aclis! despeina su cabellera de sombras, y entre los hilos crespos de sus guedejas intocables se deslizan los heraldos nocturnos preludiando las canciones del Silencio.

Pálidos hambrientos de carnes no soñadas, van en sus pegajos de negruras imposibles á deshojar el madrigal de los besos en los labios impecables de las visiones de la noche ¡oh vírgenes albicantes! que asoman sus cabecitas angélicas por las ventanas del regio palacio del Amor, velado por los centinelas del Silencio.

Una luz vaga de luciérnagas flota sobre los negros crespones del horizonte. A veces la caricia leda de las brisas murmura algo como registros musicales nunca oídos, en la solemnidad de la calma de lo infinito, cual si fueran las últimas vibraciones de un sollozo perdiéndose en la quietud de las tumbas.

Y en las altas horas de la noche, sobre las negras sábanas de lobreguez, danzan los querubes del ensueño, celebrando la victoria de sus audacias: luego traspasan las rendijas de las puertas, y asaltan—intrusos irreverentes—el lecho de amores en que se posan los cuerpos inmóviles de las Venus en flor: importunos visitantes, rozan con sus alitas sonoras las almas inocentes; v ¡av! entonces las radiaciones del recuerdo y las sonoridades del ideal rojo cruzan los tejidos cerebrales en vaporosas ráfagas de incendio.

Yo he sentido esa impresión de los hondos silencios en la noche de mi alma. También esa noche envuelve sus misterios únicos; pero no tiene vaga luz de luciérnagas, ni danzan en sus sábanas de luto los querubes del ensueño, ni murmura la brisa sus registros musicales: sólo recibe los heraldos de la tristeza inmortal, que entonan la canción del Silencio cuando Aclis despeina su cabellera de sombras.

JULIAN LOPEZ PINEDA